

CAPÍTULO IX

Beneficencia política.

§ 466. El mandato que se atribuye á Carlos I: «¡No hay que tocar á asuntos del Estado!» es cosa muy propia de que la promulgue un rey, porque un rey naturalmente quiere tener expedito su camino. No parece tan natural que los súbditos se conformen á ese mandato, y sin embargo, esto ha sido general en el pasado y no es tan raro aún hoy. Hay muchos que aunque probablemente no habrán oído jamás esa máxima del rey Carlos, se subordinan á ella sin darse cuenta de su subordinación. «Yo jamás me mezclo en política», podéis oír que dice un comerciante, y lo dice de una manera que implica su creencia de que esa abstención es digna de elogio.

Es verdad que ha habido tiempos, malos tiempos, á los que se adaptaba esa actitud mental. En días de exclusivo militarismo, cuando la

sumisión como de esclavo conducía á eficacia en la guerra, estaba fuera de lugar la individualidad de pensamiento y de acción. Pero bajo un régimen político semejante al en que nos hemos criado, es deber de cada ciudadano tomar parte en la vida política y el no hacerlo es cosa de hombre de cortos alcances, ingrato y mezquino; de cortos alcances, porque la abstención, si fuera general, acarrearía la decadencia de cualquiera buena institución que exista; ingrato, porque no cuidarse de las buenas instituciones que establecieron patrióticos antepasados, es ignorar lo que les debemos; mezquino, porque aprovecharse de tales instituciones y dejar á los demás la conservación y mejora de ellas, supone facilidad para recibir provechos y no dar nada á cambio de ellos.

Para que se conserve viva y sana una organización política libre es preciso que todos los individuos llenen su papel. Si algunos de ellos quedan pasivos, la organización, en cuanto concierne á ellos, está muerta; y á proporción de lo que crezca el número de los que así se conduzcan, aquélla tiene que corromperse. La beneficencia social incluye el deber de evitar esto.

Hagamos resaltar algunos de los males que brotan de desdeñar este deber y los beneficios que traería lo mismo á uno mismo que á los demás el atenderlo más de lo que se hace.

§ 467. Cuando el sistema de *status* ha pasado

al de contrato, se hace preciso que se cumpla el sistema de contrato. Presupuestas la protección de la vida y la libertad, el requisito que lleva á la vida social la cooperación voluntaria es que se cumplan los acuerdos; que por una cantidad dada de trabajo se paguen los salarios especificados para ella; que por una porción determinada de un artículo se debe dar su precio en dinero ó algo equivalente; que cuando se emprenden ciertos actos bajo ciertas condiciones deben cumplirse los actos y observarse las condiciones. Mientras la ley penal tiene que ofrecer protección contra cualquier agresión directa, la ley civil tiene que darla contra las agresiones indirectas. Y cada ciudadano es, en cuanto dependa de su capacidad, responsable del cumplimiento eficaz de estas funciones.

Por desgracia, al presente cada ciudadano tiene poca ó ninguna conciencia de tal responsabilidad. Si se siente llamado á tomar alguna parte en la vida política, es una parte en las elecciones ó en alguna agitación para que se reduzcan las horas de trabajo ó se disminuya el número de patentes, ó para autorizar á las corporaciones municipales á que compren saltos de agua, ó hagan tranvías, etc. En cuanto al mantenimiento de la condición primaria de una vida social sana—que cada ciudadano obtenga el provecho entero de lo que le procuren sus actos á la vez que no debe consentirsele impo-

ner á otros males que de sus actos le vengan, y que para llenar estos fines debe obligarse á cada cual á hacer todo lo que se ha comprometido á hacer, y autorizarle á recibir todo lo que se estipuló que recibiera—respecto á estas cosas esenciales el ciudadano piensa poco ó nada. No piensa más que en cuestiones superficiales y pasa por alto la cuestión fundamental. Olvida la locura de una legislatura que, generación tras generación, no hace nada para hacer posible el que los ciudadanos conozcan lo que son las leyes. Mira distraído los actos absurdos cometidos todos los años por los lores y los comunes al agregar un número de nuevas leyes al vasto montón de las viejas, haciendo cada vez peor y más confusa la confusión. Y lo mismo que si fuera un curso incambiable de la Naturaleza, se está ocioso mientras en los tribunales de justicia la equidad es derrotada por el error técnico, se comen á las sumas ganadas las sumas perdidas al ganarlas, los litigantes pobres se arruinan luchando con litigantes ricos que les desafían con apelaciones, y la gran masa del pueblo agredida se somete á la injusticia antes que correr el riesgo de una injusticia mayor.

La beneficencia política de un género racional procurará remover estos enormes males más enérgicamente que buscar cambios constitucionales ó extensión de atribuciones en el manejo del Estado. Porque de un modo incalculable las

vidas de todos están viciadas por el incumplimiento de esta condición primaria de la cooperación social. Comen alimentos adulterados y llevan trajes hechos de género que sólo en parte es legítimo, y todo porque no hay remedio fácil para romper un contrato en que se compra como una cosa lo que, en parte, es otra diferente. Pagan más por cada artículo que lo preciso, porque en todo negocio una cierta suma se va en gastos de ley que deben ponerse como extra de la ganancia. Y todo el mundo corre el peligro de esa pérdida grave que resulta si uno con quien se está en tratos y transacciones sufre quebranto (acaso hasta llegar á la bancarrota), peligro de grandes desafueros para los que no hay arreglo práctico. Si no fuera porque en la mayoría de los casos lo próximo quita de ante la vista lo remoto verían los hombres que al buscar una administración de justicia pura y eficaz, trabajan más por la felicidad humana que al buscar los fines que se clasifican ordinariamente como filantrópicos.

§ 468. Probablemente admitirán todos que la vida política es sana tan sólo en la proporción en que es concienzuda, pero pocos admitirán que, como corolario, la vida política manejada por la guerra de los partidos es insana, y que la beneficencia política puede muy bien procurar el mitigar, y en cuanto sea posible, abolir tal guerra. Es cosa clara que en los Estados Uni-

dos, donde el advenimiento al poder de los demócratas ó de los republicanos va seguido de un trasiego general de empleados, cayendo todos los de un partido para que suban los del otro, y donde, lo mismo fuera que dentro de los partidos, abruma al pueblo una pesada carga para procurar fondos con que atender á las campañas electorales, que dan ó quitan puestos y sueldos, la maquinaria gubernamental está hecha para hacer daños, á causa de la sustitución de los fines públicos por los privados. Pero no se conoce generalmente que en Inglaterra, el gobierno de los partidos, con sus luchas por los empleos, tiene vicios que, aunque son menores, son todavía muy grandes.

Uno de estos vicios, siempre manifiesto, se va haciendo cada vez más de notar—la poca honradez de los candidatos que hacen profesión de lo que no creen, y prometen hacer lo que saben que no podrán cumplir, todo para conseguir apoyo y para ayudar á sus directores políticos.—Hablando sencillamente, intentan alcanzar el poder á fuerza de falsedad. Y cuando en la Cámara de los Comunes varios de ellos dicen con su voto que piensan una cosa cuando de hecho piensan la opuesta, ¿cómo los hemos de calificar con palabras lisas y llanas? Se ha llegado hasta que el voto, que es una expresión de creencia ú opinión en asunto que acaso afecta á la felicidad de millones de gentes, deja de ser

expresión de tal creencia, y de hecho tan sólo implica el deseo de que tales ó cuales hombres ocupen estos ó aquellos puestos.

«Pero es que la lealtad del partido necesita estos sacrificios de las convicciones privadas», es la excusa que se saca. Si, la lealtad del partido ha venido á ser una virtud fantaseada, á la que se ha sacrificado la virtud real de la veracidad. ¿De dónde viene esa virtud de lealtad al partido que aquí se alega? ¿En qué sistema de ética halla lugar? No es más que un modo deshonroso de conducta, disfrazado con una frase eufemística. Es sencillamente el demérito vistiéndose de mérito.

Tan extremo es el enviciamiento de sentimientos é ideas producido por este sistema, que los pocos que no quieren conformarse á él son vilipendiados y se les presenta como un obstáculo político. En América, donde está más desenvuelta que aquí la organización de los partidos, á cualquiera que se resista á abandonar sus convicciones y formar en el rebaño que es conducido por un «amo» á votar, se le marca con apodo despreciativo y es condenado como fariseo y hombre de disposición insociable. En la «tierra de la libertad» ha llegado á ser un crimen político obrar según el juicio propio. El gobierno representativo, llamado justamente así, se ha convertido en una vergüenza, bajo la máscara del cual existe una oligarquía de

empleados, pretendientes á empleos y hombres que ejercen un poder irresponsable.

El gobierno por los partidos está tan lejos de ser un medio de cumplir la voluntad nacional, que continuamente se convierte en medio de violentar esa voluntad. Un ministerio elevado al poder por electores, muchos de los cuales han sido seducidos por promesas que jamás se han de cumplir, representa acaso á la opinión predominante de la nación en cuestiones las más importantes. Una vez con sus carteras los jefes del partido, apoyados por una compacta mayoría, pueden, durante años, hacer con mano libre cosas para las que no se les comisionó. Con ayuda de auxiliares sumisos debidos á la «lealtad al partido» una pequeña piña de hombres, capitaneados por uno de gran influencia promulga esta ó la otra ley, que si fuera sometida á un plebiscito, sería rechazada decisivamente. Así, el gobierno de los partidos derrota al gobierno representativo. Un solo hombre con su tropa de obedientes criados puede por algún tiempo imponer su voluntad á la nación, lo mismo que si fuera un rey despótico.

«Pero ¿cómo puede dirigirse la vida pública de otra manera?» Se piensa que esta pregunta encarna una defensa incontestable del gobierno de los partidos. Un americano, cuya defensa en favor del sistema he estado leyendo, dice: «Toda medida pública debe tener á un partido en favor

y á otro en contra. Nunca puede haber más que dos partidos en las resoluciones vivas y prácticas.» Aquí la falacia es transparente. El argumento supone que un partido no tiene nunca que decidir más que una cuestión. Supone que aquellos que están conformes con sus jefes en alguna solución que los llevó al poder, han de conformarse con ellos en todas las demás soluciones que puedan surgir durante su gestión pública, suposición que es absurda. Pero se pone otra cuestión: «¿Cómo un ministerio puede ocupar su puesto si las opiniones individuales de sus adherentes no se subordinan á la suya? ¿y qué sucederá si los ministerios fueran derribados á cada momento por los votos de los miembros recalcitrantes de su partido?» Aquí tenemos uno de tantos innumerables ejemplos de los errores ocasionados por suponer que una cosa cambia mientras las demás quedan estacionarias. Si los políticos fueran concienzudos, si, como resultado de esto, ninguno quisiera votar una cosa que no creyera buena, y si, por consiguiente, el cuerpo representativo se resolviera no en dos grandes partidos sino, como debe suceder, en un número mayor de pequeños partidos y miembros independientes, no habría ministerio que contara con cosa parecida á una mayoría constante. ¿Qué sucedería? Ya no se seguiría exigiendo á un ministerio que resignara sus poderes si se hallaba con minoría, sino que

aceptaría sencillamente la lección que le dieran unos disidentes.

No sería, como hoy, durante algún tiempo el amo de la Cámara sino que sería su servidor, no dictaría á ésta su política sino que aceptaría la que resultara ser la de la Cámara. De aquí el que no se adoptaría medida alguna á menos de que obtuviera el apoyo de lo principal de los partidos, y quedara probado, por lo tanto, que era lo más en consonancia con la voluntad nacional. Si, como puede argüirse, esto condujera á que se dilatara el examen de las medidas que habría que tomar, la contestación es: ¡tanto mejor! Los cambios políticos no deben hacerse jamás sino después de haber sufrido grandes resistencias.

Pero, aparte de estas consideraciones, el *dictum* ético es claro. Hay mentiras cometidas por hechos tanto como por palabras, y la ética tiene que ver con unas tanto como con las otras. Como cosas que se originan de las últimas leyes de la recta conducta, la beneficencia y la verdad deben ir juntas, y la beneficencia política debe mostrarse insistiendo en la veracidad política.

§ 469. Entre las tareas que nos impone la beneficencia política no están sólo las generales, como la de procurar que sean conocidas de todas las leyes equitativas y que haya sinceridad en la conducta política, sino también el mantenimiento de una administración pura y eficaz.

Es claro que en esta tarea se incluye la elección de buenos representantes, generales y locales. Aunque hay alguna idea de la necesidad de esfuerzos deliberados en esta dirección, es una idea nada ilustrada. No hay conciencia adecuada de la parte de deber que tiene cada elector, no tan sólo de dar su voto, sino también de ver que una buena elección puede hacerse posible por una buena designación previa de candidatos. Hoy en día, mientras hay una maquinaria montada con mucho cuidado para escoger entre los designados, la que existe para decidir quiénes han de serlo está averiada, siendo, como es esta última, función más importante que la primera. Porque es de poco uso el tener poder abierto para decidir entre A y B cuando el poder secreto presenta á elegir á A y B, que son ambos nada de desear. Al presente, el *caucus* local de cada partido, más ó menos bajo la dirección de un *caucus* central de Londres, se sobrepone á las voluntades de los electores, forzándoles á decir cuál quieren de entre dos ó más, dejándoles muy á menudo que digan quién les desagrada menos. Bajo tal sistema, hay muy poca consideración hacia la verdadera aptitud de un representante. ¿Ha sido un gran bienhechor local? ¿Se obliga á apoyar al cabeza del partido? ¿Está en favor de este ó el otro plan favorecido? ¿Puede llevar influencias de familia ó disponer de votos por la popularidad de que goza? Estas y tales como es-

tas son las preguntas que determinan su elección por el *caucus*, y, por lo tanto, su elección en los comicios. Si tiene extensos conocimientos políticos, si tiene bastante experiencia administrativa, si es hombre de luces, si es concienzudo é independiente, si no ha de prometer nada que no apruebe ó no se sienta capaz de cumplir, estas son preguntas que rara vez se hacen. Por supuesto, el resultado general es una Cámara de los Comunes formada por políticos incapaces, cazadores de popularidad, servidores de las circunstancias, que creyendo, en común con sus comitentes, que una sociedad no es algo orgánico y vivo, sino una manufactura, se conducen en su obra legislativa bajo el profundo engaño de que las cosas pueden arreglarse eficazmente de este ó del otro modo á voluntad; y persiguiendo sus fines particulares ó los de su partido, no inquietan cuáles puedan ser los efectos últimos de sus expedientes temporales. Por de contado que la beneficencia política dicta el que se obre vigorosamente contra este sistema, y ordena el deber de buscar algún medio por el cual los comitentes puedan efectuar una elección real en vez de nominal, y sean conducidos á elegir hombres que hayan de ser aptos legisladores en vez de instrumentos de partido.

Aquellos á quienes toca la elección de hombres para los concejos del condado, corporaciones municipales, asambleas de jefes de ayun-

tamiento (*vestries*) y cosas semejantes, son espolcados á la actividad por sus jefes políticos cuando se han de elegir los miembros de tales corporaciones, pero cayendo en seguida en su usual quietismo los más de ellos prestan poca atención á lo que hacen esas corporaciones, ó si llegan á saber de su ineficacia y corrupción no se sienten movidos por un sentido de deber público á buscar el remedio. Un tendero no quiere moverse porque pueden ofenderse algunos de sus parroquianos interesados directa ó indirectamente en los chanchullos que él conoce. Entre la clientela de un médico, hay probablemente algunos pocos que si no ligados con aquellos cuyo descuido ó incapacidad deben exponerse, están en relaciones amistosas con éstos, y aquel no se siente llamado á arriesgarse á la pérdida de esos clientes. Aun un hombre que dispone de medios de fortuna y cuyos intereses pecuniarios no correrán peligro por cualquier paso que dé, vacila de miedo de hacerse impopular. Sabe que se acarreará enemistades y no conseguirá amistades que las compensen. Y además, hay varios que, si no asustados por los motivos indicados, no ven por qué se han de molestar para una cosa que no les trae beneficio personal. Por consiguiente, se permite que nazcan y crezcan abusos.

Esto es lo general con la administración. No hay la idea de que la beneficencia política exige de cada hombre que tome su parte en ver si la

maquinaria política, general y local, hace bien su obra (1).

§ 470. «El precio de la libertad es eterna vigilancia», dijo uno de los primitivos estadistas americanos, y eterna vigilancia es también el precio de las instituciones bien hechas. La organización que forman los seres humanos ha de ser defectuosa en la proporción en que la naturaleza humana lo sea. Y se hará cada vez más defectuosa de lo que de otro modo sería, si no corregimos constantemente sus defectos y nos esforzamos por prevenir el aumento de éstos.

De aquí que un sentido sano del deber público nos ha de impulsar á contener abusos en el mo-

(1) Hagamos resaltar nuestra idea dando un ejemplo de mala administración que diariamente está á la vista de millones de gente que habita en Londres. Me refiero al mal estado persistente de las calles encachadas. ¿Cuál es la causa? Todo el mundo puede verlo si mira después que llueve. Generalmente, si no siempre, cada porción elevada de la superficie tiene en su más alto punto un cacho mayor que la generalidad de los que forman el empedrado, dos ó tres veces mayor. Cada uno de estos grandes cachos, sostenido por otros que quedan más bajos, tiene más poder de resistir el roce y choque con las ruedas de los vehiculos que los cachos ó piezas más pequeñas que hay en torno, y así es como se hace más prominente. Cada rueda, cuando pasa con rapidez sobre un punto saliente, es sacudida hacia arriba, y en seguida baja con golpe sobre la parte siguiente de la superficie. Por la repetición de estos golpes se forma un hoyo. Sucede más que esto. En tiempo lluvioso cada hoyo se llena de agua, lo que le hace más blando que las partes salientes y más expuesto á ceder. De aquí una superficie llena de pequeñas colinas y hondonadas. Los males que esto ocasiona son muchos. Sacudidas continuas, molestas para el fuerte y

mento en que se hagan visibles, sin esperar á que se hagan más serios. Las faltas que en el curso del tiempo hacen inútil ó perjudicial esta ó aquella administración, empiezan con pequeños descuidos del deber, que nadie piensa sean dignos de que se proteste contra ellos. Se deja pasar como cosa sin importancia todo aumento del daño que sea igualmente pequeño, hasta que á la larga nos encontramos con que el mal ha crecido y se ha hecho acaso incurable. Un ejemplo de cómo los últimos desastres provienen de haber menospreciado imperfecciones insignificantes me ha llamado á menudo la atención al ob-

perjudiciales para el débil, tienen que sufrir cientos de miles de personas en ómnibus, coches y carruajes, vehículos gastados más de prisa de lo que debieran, los caballos resultan recargados de tarea y tienen que ser remplazados por otros antes de lo que serian de otro modo. Y las calles mismas se gastan en seguida. ¿Cómo sucede todo esto? Sencillamente, porque los constructores de las calles sacan provecho evadiéndose de regular el asiento de los cachos. Y como el rodillo de vapor, introducido en los últimos años, aplana todo, los cachos chicos y los grandes, dejándolos en una superficie llana, el inspector pasa la obra como si estuviera bien. ¿Por qué hace esto? Los contratistas son frecuentemente ricos, y los salarios de los inspectores no son muy elevados.

He aquí, pues, un ejemplo de un mal palpable, respecto al cual parece inútil toda queja. Si se lo decís á un consejero del condado, la contestación es que el consejo no tiene poder sobre eso, y no obtendréis satisfacción si se lo advertís á un concejal (*vestryman*). Entre los varios hombres que ocupan cargos y la multitud de los que necesitan ver si éstos cumplen su deber, no hay ninguno que dé un paso para remediar este gran abuso.

servar el vaciamiento de la esclusa de un canal. Según va bajando el agua, puede verse en un sitio y otro del muro un pequeño chorro que sale de una rajada, rajada por la que entra de nuevo el agua cuando se vuelve á llenar la esclusa y de que vuelve á salir aquélla cuando ésta vuelve á vaciarse. En una esclusa vieja y descuidada, estos chorros no sólo son muchos sino grandes. A cada empleo de la esclusa, una cavidad que se ha formado detrás de cada uno de ellos se carga y descarga, y cuanto mayores se hacen, más de prisa los aumenta la poderosa corriente de entrada y de salida. Si no se hace nada, las junturas de la obra de cantería van carcomiéndose y quedando en hueco la espalda del muro hasta que empiezan á hundirse partes de él. De análoga manera los abusos insignificantes en una institución, que se inician por descuido del propio interés y se toleran por indiferencia ó por lo que parece buen natural, se aumentan poco á poco hasta que toda la estructura se hace dañosa ó inválida.

La «eterna vigilancia» que se requiere para mantener no sólo la libertad sino también la pureza, debiera tener por guía un principio justamente opuesto al principio que comúnmente se sigue. La mayor parte de las personas, lo mismo en los asuntos públicos que en los negocios privados, supone que las cosas van bien hasta que se pruebe que van mal, mientras que la suposi-

ción debiera ser que las cosas van mal hasta que se pruebe que van bien.

Aunque oyen á cada momento en las iglesias asegurar la perversidad de los hombres, y aunque todos los días se encuentran en los periódicos con decepciones y deslealtades, no sólo de un género sencillo, sino de esos complicados géneros que llevan á práctica las compañías de embaucadores y los sindicatos trapaceros; sin embargo de todo esto, parece que piensan que en las transacciones de una organización política ó social, con la que tienen algo que ver, ni hay ni ha de haber corruptelas. Aunque cada recibo que toman es una precaución contra la malicia, aunque cada acto legal representa el tomar medidas para prevenir infracciones de un acuerdo, y aunque cada ley del Parlamento está llena de cláusulas que implican la creencia de que muchos harán mal si se les deja abierto el camino para hacerlo, la gente arguye que hasta que no se muestre la evidencia no deben abrigarse sospechas respecto á los actos de las corporaciones y organizaciones oficiales, y esto á pesar de las pruebas que las bancarrotas y los desastres de compañías presentan á diario contra la mal fundada creencia en la conciencia de todos, y contra la falta de diques que contengan los chanchullos posibles (1).

(1) Estando estas páginas en prensa, se ofrecen abundantes advertencias á los que pueden comprender la lección que

La beneficencia política, pues, moviéndose á esta «eterna vigilancia», estará siempre pronta á contener todos los modos de corrupción, siempre pronta á resistir las insignificantes usurpaciones de poder, siempre preparada á denunciar las transacciones que se desvíen lo más mínimo del orden debido, y siempre resignada á soportar el odio que con tal conducta se atrae.

nos dan. Aparte de otros casos menores, ahora citan los periódicos los procesos referentes á la *Liberator Building Society*, la *London and general Bank Limited*, la *Hansard Union Limited*, *Hobbs and Co Limited*, *Barker and Co's Bank*; en Italia, la *Banca Romana*, y en Francia los gigantescos escándalos del Panamá, en que están complicados directores, legisladores y hasta ministros. No obstante, tendremos mañana nuevos ejemplos, que el pueblo supondrá que marchan bien, hasta que alguna catástrofe pruebe que habían ido mal.